



CHILINDRÓN Y EL CONDE DRÁCULA

¿Por qué tuvieron que abrir un cine de verano justo en frente de su casa? ¿Por qué cruzó la calle y se dispuso a entrar? ¿Por qué el taquillero hizo la vista gorda y lo dejó colarse sin pagar la entrada? ¿Por qué se sentaría él en la butaca 3 de la fila 13 con sus pipas y su buen bocadillo de mortadela (ya se sabe que el jamón daña el estómago de los niños)? ¿Por qué entonces...

Todas estas preguntas y muchas otras se las hizo Chilindrón noche tras noche, muerto de miedo, sin encontrar respuesta. ¿Por qué tuvo que ver esa película? ¿Por qué al principio un carruaje negro tirado por dos caballos negros trae un negro ataúd desde un castillo encima de un cerro pelado? Al ver aquello, Chilindrón no pudo probar bocado y un escalofrío le recorrió la espalda como si el cochero le arreara latigazos a él y no a los caballos. Entonces se supo de un linaje de esclavos y que el nuevo Amo iba en aquel ataúd. Era un conde y estaba de camino desde Transilvania. El carruaje era del conde, suyo era el castillo, suyos los caballos con sus penachos negros, suyo el siervo que les arreaba, suyo el látigo, suya la Noche, suyas todas las noches de todos los días del mundo para siempre siempre siempre. A Chilindrón se le ponía el vello de punta al repetirlo tres veces, y eso que Chilindrón no tenía vello.

Esa noche no pudo dormir. Las sombras de las farolas de la calle, entraban por la ventana abierta. Eran cuerpos horribles, desgarrados, con caras de malicia y pupilas rojas. Hasta los grillos de la calle se habían callado por si las moscas. Chilindrón se tapó la cabeza con las sábanas. Sudaba y rezaba y sudaba, mientras se preguntaba lo mismo una y otra vez: ¿Por qué tuvieron que abrir un cine de verano justo en frente? Para colmo, de allí venía la música de la película, pues estaban proyectando la segunda sesión. Las trompetas chirriaban como la tapa mal engrasada del ataúd. Y los violines, esos horribles violines... Todo el mundo sabe que el violín lo toca el diablo por la noche. Porque el conde y él nunca duermen. Les basta con cenarse a las criaturas que se cuelan en los cines de verano. Chilindrón, desde luego, se lo tenía merecido. ¿Por qué el taquillero hizo la vista gorda? Se durmió de madrugada.

Le despertó el sol en las sábanas, se miró por si acaso el cuello en el cuarto de baño, desayunó y se fue a hablar con camarón Ortega, el más listo de la clase. Drácula había salido de Transilvania a una ciudad de Europa. Chilindrón estaba seguro de que esa ciudad era allí mismo, en el barrio donde los dos vivían.

-Que no, que no, decía Ortega. Que Drácula se fue a Londres. Qué va a hacer un vampiro en nuestro barrio, si aquí todos nos conocemos. El crimen necesita del anonimato.

Hay que oír lo bien que se expresa el camarón Ortega, que para eso es el más listo de la clase. Casi, casi lo convence. Por calmar a su amigo, le prometió a Chilindrón que esa misma noche él iría al cine de verano, a ver si aquellas calles eran Londres o no. Al día siguiente, bien temprano, Chilindrón escuchó el veredicto de Ortega. En efecto, aquella ciudad no era Londres. El Támesis es mucho más caudaloso y el río de Drácula era más parecido al que ellos cruzan para ir a la escuela. Las nieblas de las calles en la película... ¿Acaso las mañanas de invierno no había también niebla en el barrio?

-Lo sabía, lo sabía, dijo Chilindrón. Entonces es que...

- Es que hay, además, una prueba concluyente: las tres concubinas de Drácula.

-¿Las tres rubias guapetones?, preguntó Chilindrón.

- Las mismas. A ésas las conocemos tú y yo. Ésas trabajan en una mercería...

- ¡En la mercería LACITOS!, gritaron los dos a la vez.

Sí, no había duda. Drácula había llegado. Paseaba por las calles del barrio. Las tres vampiresas trabajaban en una mercería, el mejor negocio para buscarle víctimas al Conde.

-Todos estamos en peligro, sentenció Ortega. Y no hubo más que hablar.

Desde la puerta de la tienda, Chilindrón y Ortega espían a las tres rubias. Allí estaban detrás del mostrador, rodeadas de mujeres, despachando madejas, agujas de lana, ganchos de croché, hilos de hilvanar, para hacer vainicas, cintas para dobladillos, de bordados y chantillí. Las concubinas rubias estaban, en realidad, confeccionando la cena de su Amo. Miraban con intención qué clientas tenían los cuellos más jugosos, las venas más marcadas. Los dos contemplaban horrorizados el espectáculo. Cuántas y cuántas mujeres estaban allí comprando tan ricamente, ajenas a su desgracia.

Y sintieron cómo se le agrandaban el corazón. Se les pasó el miedo: ellos las salvarían. Ellos serían los Van Helsin del barrio. En el bazar del Chino también venden el auténtico Kit del cazavampiros. Dos cabezas de ajo medianas, una cruz de plástico fosforescente (muy útil para la noche) un frasquito de sal y una pistola de agua (mejor si está bendecida). El sombrero de Van Helsin va también de regalo.

-Kit de cazavampiros: sesenta céntimos de eulo, dijo el chino recogiendo las monedas del mostrador.

A partir de este momento los sucesos protagonizados por Chilindrón y Ortega son bastante confusos. Esta es quizá la primera vez que Chilindrón estuvo en peligro de verdad, con riesgo de daño físico para su vida. Los testimonios recogidos son contradictorios en muchos aspectos. Algo, sin embargo, es seguro. Dos niños con sendos gorros de cazavampiros fueron vistos patrullando las calles del barrio, husmeando en los portales, anotando las ventanas con los postigos cerrados para que no entre el sol, siguiendo en secreto a las tres empleadas de una mercería. Al fin localizaron la guarida del Asesino y decidieron entrar al día siguiente. Las tres concubinas entraban y salían con frecuencia de la casa. Sí, allí era. No cabía la menor duda.

A las doce en punto del mediodía, cuando el sol es más alto y el vampiro duerme, abrieron con sigilo la puerta de la casa. Pero el muerto viviente no se había dormido, estaba de pie, con su rostro exangüe, el pelo con brillantina y una capa negra de paseo. El vampiro estaba despierto. Chilindrón y Ortega corrieron hacia él en un ataque de furia desesperada. Rezaban a voz en grito el Padrenuestro...Y líbranos del Mal. Tiraron las cabezas de ajo al Conde, acertándole en toda la boca, le clavaban las cruces al pecho, pateándole las espinillas. Al vampiro le pilló por sorpresa y no sabía qué hacerse. Fue un puro desconcierto. Las tres mujeres gritaban: "la

Policía, la Policía...Que viene la Policía...". Porque, en efecto, seis policías entraban en ese momento en la casa con las pistolas en alto. "Arriba las manos, arriba la manos."

Los policías esposaron al hombre y a las tres mujeres. Eran una banda de Rumanía, antiguos miembros de la Stasic. La mercería les servía de tapadera. Pero los policías no acertaban a explicarse cómo los dos niños se les habían anticipado en la detención.

La noticia salió en los periódicos. "DOS NIÑOS DETIENEN JUNTO A LA POLICÍA..." Ni Ortega ni Chilindrón contaron que esos niños eran ellos. ¿Quién iba a creerlos? Y entonces sus padres descubrirían que se colaban en el cine de verano.

-A ver, niño, dice la madre ordenando el cuarto de Chilindrón. ¿Qué hace un kit de cazavampiros debajo de la cama?

-Es del Ortega, el camarón, que se le habrá olvidado.

-Contigo no gana una para sorpresas.

Uf, si ella supiera...Todo el verano castigado sin ir al cine.

Imagen: <https://soniaunleashed.com/2013/10/26/dracula-nbc-resena-del-piloto/>